

EN BUSCA DE MONTESQUIEU: LA DEMOCRACIA EN PELIGRO*

MARÍA BLANCO**

El pasado 2009 apareció la segunda edición de *En busca de Montesquieu: La democracia en peligro*, de Pedro Schwartz. Este libro es una ampliación de su Discurso de Recepción de Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el 2005 y cuenta con la financiación de la Fundación Telefónica. La primera edición, que recibió el Premio José Ortega y Gasset de Ensayo y Humanidades, ha sido ampliada con una «Reflexión sobre la crisis actual».

El ensayo, de alguna manera, refleja la trayectoria y las inquietudes del autor, catedrático de Historia del Pensamiento Económico, formado en la London School of Economics, ex diputado por la Coalición Popular, experto en relaciones internacionales, liberal clásico y friedmanita empedernido. El bagaje intelectual del profesor Schwartz explica que el enfoque del libro aúne la filosofía política, el pensamiento económico y la historia de Occidente. El problema básico que aborda es la supervivencia de la democracia liberal en el entorno socio-político actual.

Se echa de menos en esta obra más atención a liberales como Bastiat, que tanto lucharon en su día por el libre mercado y por la necesidad de limitar el poder del Estado, y del que no aparece ninguna mención a sus obras, que han contribuido notablemente a la difusión del pensamiento liberal.

Tampoco aparece la Escuela de Salamanca como fuente primera del liberalismo occidental, aunque sí se menciona en la reflexión sobre la crisis; también se nombra al padre Juan de Mariana.

Otra ausencia más que notable es la Escuela Austriaca de Economía, que también defiende una economía de mercado y parte de la libertad individual a la hora de ofrecer respuestas a los problemas económicos y de otras índoles. La excepción es Hayek a quien Pedro Schwartz conoció personalmente, y que es el menos austriaco de los economistas austriacos, por su flexibilidad intelectual que, por otro lado, en ocasiones le ha valido que le acusen de ser un pensador ambiguo. Para los

* Pedro Schwartz, 2.^a ed., Madrid: Ediciones Encuentro, 2009, 475 pp.

** Universidad San Pablo-CEU.

lectores liberales choca profundamente que pase por alto la aportación de Mises quien explicó las razones que impiden que la economía de planificación central sea posible fuera de los sueños de los ingenieros sociales, en una época y en unas circunstancias que le dan más valor aún. Cuando Mises publicó en 1920 su tratado recién acabada la Primera Guerra Mundial, no había ningún pensador que representara un desafío real a la planificación socialista o centralizada, tan popular en épocas de alarma social como las posguerras o las crisis económicas.

Lo que Mises puso encima de la mesa fue que sin un sistema descentralizado de propiedad privada, no pueden generarse precios de libre mercado, que son esenciales para el cálculo económico. Pero, la crítica del socialismo de Mises también es aplicable a un poder legislativo que intente planificar centralmente las leyes de una sociedad. La imposibilidad del socialismo es sólo un caso especial de la incapacidad general de los planificadores centrales de recoger y asimilar información dispersa en la sociedad. El carácter ampliamente disperso y descentralizado del conocimiento y la información en la sociedad simplemente hace demasiado difícil a los legisladores centrales planificar racionalmente las leyes de la sociedad. Y tal vez son las consecuencias de estos planteamientos lo que llevan al profesor Schwartz a omitir a Mises. Porque siguiendo este razonamiento, como han hecho autores como Kinsella, se puede llegar al resultado de que la inevitable ignorancia de los legisladores también les hace menos capaces de representar la voluntad general del pueblo y más susceptibles de verse influenciados por intereses especiales. A causa de su ignorancia, no tienen guía fiable para saber lo que implican las leyes, lo que hace más probable que se vean influenciados por cabilderos y grupos de intereses especiales. Esto lleva a leyes que benefician a unos pocos elegidos a costa de otros y, en último término, a costa de toda la sociedad. Y esto implica cuestionar la esencia de la democracia tal y como la conocemos. Y en esa cuestión, central en el planteamiento del libro, Schwartz muestra una fe inquebrantable en la democracia.

En resumen, es manifiesto el sesgo personal del libro que profundiza más en aquellos autores que han dejado huella en el autor. En algunos casos se trata de pensadores a los que conoció personalmente, tanto si están a favor de sus ideas y sigue compartiendo con ellos sus puntos de vista, como es el caso de Hayek o Tullock, como si están en contra de sus tesis, y también es fiel a la discrepancia, como es el caso de Sen. En otras ocasiones se trata de autores que le han acompañado a lo largo de su trayectoria intelectual, y reitera su crítica, como a Isaiah Berlin, o rectifica su apoyo y admiración como en el caso del autor al que dedicó su tesis doctoral y cuyas luces y sombras tan bien conoce: John Stuart Mill.

Probablemente no era la intención del profesor Schwartz escribir una enciclopedia liberal, sino plantear determinados problemas que en nuestros días cuestionan la democracia, tal y como la entienden los liberales clásicos. Y, por ello, tal vez no sea reprochable que el libro sea parcial, en especial si recordamos que es una ampliación de su discurso de admisión en la Real Academia de Ciencias Sociales, y no un libro sagrado.

El propio profesor Schwartz explica sus intenciones en el «Prólogo para europeos: la magdalena de Proust» cuál fue el detonante que le animó a escribir: la lectura del Proyecto de Constitución Europea. No se trata tanto de una reconstrucción de las bases ideológicas y científicas del liberalismo adecuadas a las circunstancias de nuestros días como de una revisión, con los textos del liberalismo clásico en la mano (con las ausencias ya comentadas), de los contrapesos y frenos de los que nuestras democracias occidentales disponen, dada la creciente centralización de poderes que ha tenido lugar en el pasado siglo y en la década que llevamos del XXI.

A partir de la democracia liberal con separación de poderes y con instituciones que supuestamente limitan el poder del Estado, Schwartz se plantea dónde ha quedado hoy en día ese ideal. La tiranía de las mayorías, la demonización de la riqueza, del capitalismo, del mercado libre cuestionan, en nuestros días, el concepto de democracia que los liberales clásicos defienden desde siempre.

Para desentrañar el problema de la democracia mayoritaria, que el autor expone en primer lugar, Schwartz plantea tres paradojas de la filosofía política: el malestar en la modernidad, la confrontación libertad/riqueza y el conflicto entre democracia y liberalismo.

Las democracias mayoritarias actuales han desvirtuado lo que los padres del constitucionalismo plantearon. En primer lugar, la soberanía no es del pueblo, o de la mayoría, sino de las leyes. Claro está que la legislación no lo puede todo, pero para eso está la Constitución y los principios generales del derecho, que han de ser respetados por encima de todo. En este punto hay que recordar que las Constituciones son tan perfectibles o tan corruptibles como las leyes y que tal vez es igualmente ingenuo confiar en que las Constituciones lo pueden todo. La mejor muestra es la Constitución Española de 1978.

Otro fallo en el que incurren las democracias modernas es la confusión de poderes. El poder del Parlamento a la hora de vigilar y controlar al poder ejecutivo es actualmente muy ineficaz. Por otro lado, el poder judicial, en vez de «descubrir la ley», es decir, en lugar de resumir las normas no escritas y adoptadas de hecho por el pueblo, se inventa leyes que favorecen bien al gobierno, bien a la burocracia (que emerge como un cuarto poder), e interpreta el derecho según sus propias inclinaciones.

A esta desvirtuación de los poderes que Montesquieu soñaba separados y perfectamente contrapesados, hay que añadir el poder de los partidos políticos y medios de comunicación.

Finalmente, con la aparición del concepto de «Estado del Bienestar», nuestras democracias han abierto la espita del gasto, del supuesto bienestar para todos, gratuito y asegurado por el Estado nutrido con los impuestos de los ciudadanos. El resultado es el que Schwartz, rememorando el término ideado por Octavio Paz, llama «ogro filantrópico», que, a poco que nos descuidemos va a terminar por devorarnos a todos, los contribuyentes/electores, que, ciegos por la sed de subvenciones y favores, no nos damos cuenta de la ruina económica del Estado y de la nación a la que nos encaminamos.

Para sentar las bases de su análisis, antes de desbrozar las tres paradojas mencionadas, el autor expone la evolución de la teoría política del estado liberal y la importancia del libre comercio en la historia del liberalismo.

La primera paradoja se refiere a la antigua cuestión que planteaba si el individualismo desoye o no el interés de la comunidad. Se trata de averiguar si la teoría armónica de la sociedad de Smith o la ley de asociación de Mises siguen vigentes o son suficientes para explicar la dicotomía entre el individuo y la sociedad.

El enfoque de Pedro Schwartz es novedoso por cuanto utiliza las aportaciones de la psicología evolucionista en su reflexión. Esta disciplina tan reciente explica que el mercado antecede al Estado, y los beneficios del intercambio de cara a la supervivencia. Pero también explica que todos tenemos «otras» tendencias como el altruismo, o como el instinto depredador. Estas «otras» tendencias explican que, a pesar de que el camino del intercambio, la propiedad privada y la libertad individual han llevado a escenarios mucho más prósperos y pacíficos al ser humano, no haya sido siempre la opción elegida para sobrevivir.

También encontramos en este capítulo una refutación a las críticas al capitalismo que pensadores del pasado plantearon y que no han sido superadas del todo. Por ejemplo, la idea tan extendida del capitalismo egoísta y explotador por naturaleza. A pesar del indudable interés del capítulo, que es de los que más me han gustado, no hay una respuesta definitiva, el final queda abierto. Cada uno de nosotros encierra un pequeño egoísta y un pequeño altruista que pugnan por salirse con la suya. De manera que la sociedad, reflejo de los individuos que la componen, también será más o menos egoísta, más o menos altruista, en función de otros factores que exceden el ámbito racional-económico.

La segunda paradoja no es menos interesante. Se trata de estudiar si el concepto de libertad implica tener la oportunidad de alcanzar lo que uno valora o simplemente se refiere a la ausencia de coacción. No

es un tema menor, como lo demuestran los resultados a que llevan cada una de las opciones. Si admitimos que uno es libre cuando puede alcanzar un determinado nivel de vida que valora, y por ende, que es necesario un determinado nivel de riqueza para ser libre y elegir en libertad, entonces abrimos la puerta a dos patologías de la vida moderna, por emplear el término que emplea el profesor Schwartz. La primera consiste en la idea de que la excentricidad y el inconformismo llevan inexorablemente a un mundo mejor; la segunda se trata de la idea extendida por Evita Perón de que toda necesidad es un derecho. Schwartz considera que el liberalismo no pretende ser una moral completa sino solamente un meta-ordenamiento que fije un marco político mínimo en el que sea posible crear riqueza y desarrollar la vida personal del mejor mundo posible. El punto de partida lo establece Schwartz en la definición de libertad de John Stuart Mill y en la herencia utilitarista del pensamiento político, justamente por obra y gracia de John Stuart Mill. Tras él, los fabianos a finales del XIX y John Maynard Keynes junto con Roosevelt, en el siglo XX han contribuido a difundir una idea perversa de libertad.

La tercera paradoja tampoco es nueva y consiste en el conflicto entre democracia y liberalismo. Si la democracia se basa en la toma de decisiones a partir de la voluntad de la mayoría y el liberalismo estudia las formas de controlar y limitar el poder parece evidente la contradicción: ¿no estamos tratando los liberales de poner límites a la voluntad del pueblo expresada en las urnas? Este tercer dilema es estudiado por el profesor Schwartz gracias a la Teoría de la Elección Pública, distinguiendo entre unas meta-normas constitucionales, que deben concordarse por procedimientos lo más próximo posible a la unanimidad, y las normas políticas mayoritarias, es decir, la legislación ordinaria.

El punto de reflexión de este tema es el ideal de los socialdemócratas: la búsqueda de un método de decisión colectiva que permita resolver todos los problemas sociales de forma racional. Y, como dice el profesor Schwartz, lo deseable es justamente lo opuesto: cuantas menos decisiones entre individuos haya que tomar colectivamente, mejor. Para el autor, este tema es ineludible porque el Estado debe existir. Su justificación es la provisión de bienes que no son alcanzables si no es colectivamente, como por ejemplo, y por encima de todos los demás, la paz civil y en lo que ella se basa, a saber, la definición de derechos de propiedad y de derechos humanos. Una vez establecida la necesidad de que exista un Estado, es imprescindible determinar el sistema de elección. Ese terreno es el reino de los teóricos del Public Choice, a quienes el profesor Schwartz conoce muy bien. No en vano dirigió un Congreso Internacional de Public Choice al que acudieron los representantes más notables de esta rama del pensamiento económico y político, para estudiar los problemas de la democracia en el año 2005.

De su mano, Schwartz analiza los defectos del Estado debidos a sistemas de votación defectuosos, a la concentración del gasto en el votante mediano y al problema del abuso de intermediarios o problema del agente.

Una vez expuestas y analizadas estas tres paradojas que colean desde siempre en la historia del pensamiento liberal, el autor propone diferentes puntos de fuga en los que puede encontrarse la salida para nuestras democracias actuales. Tampoco son soluciones realmente «nuevas» para un liberal con conocimientos de historia: la liberación por el mercado, la liberación por la mundialización, la liberación por la comunicación y la liberación por la ciencia y la técnica. Todos éstos son factores que han favorecido que, a lo largo de la historia del hombre, el ser humano se haya zafado, de un modo u otro, de tiranías y regímenes opresivos que han mantenido bajo mínimos la libertad individual durante períodos más o menos largos.

Pedro Schwartz contempla estas alternativas con mirada institucional y plantea cómo el libre mercado ha sido un principio constitutivo del liberalismo clásico desde sus inicios. Esta libertad de mercado extendida a un orden mundial es lo que él llama mundialización y muchos conocen como globalización. La mundialización amplifica los efectos libertadores del libre comercio y la iniciativa privada.

Por su parte, los avances tecnológicos y científicos, como nos muestra la historia económica, han permitido que se rompan monopolios tanto públicos como privados, al ofrecer alternativas en la producción de bienes y servicios más baratos y más perfeccionados.

Finalmente las nuevas tecnologías de la información y la comunicación al potenciar la posibilidad de que cada individuo esté informado y pueda informar, de manera que el conocimiento fluya de forma más barata y rápida facilita la creación de opinión ciudadana, permite que se fiscalicen las decisiones políticas y tal vez ayude a superar las deficiencias de nuestras democracias.

De esta forma, el profesor Schwartz le da la vuelta al pesimismo que expresaba Hayek en *Camino de Servidumbre* y señala motivos para tener esperanza.

El libro termina con un «Epílogo para latinoamericanos» en el que presta atención a los cambios político-económicos más recientes del subcontinente y destaca los avances de Chile gracias a la defensa y puesta en práctica de los principios liberales en ese país.

El extra de la segunda edición es una reflexión sobre la crisis del 2007. El subtítulo, «Dinero y Libertad», indican el derrotero de este anexo. En él, sí reconoce los méritos de la escuela austriaca cuando afirma que fue Menger quien mejor explicó el origen del dinero como institución espontánea y sus funciones. También habla de la Escuela de Salamanca y

dos de sus representantes, Martín de Azpilicueta y Tomás de Mercado, como precursores de la teoría cuantitativa, ya que, como muestra el profesor Schwartz, estos autores se refirieron a la variación de los precios debida a cambios en el valor de la moneda.

Tras un breve recorrido por la historia monetaria el autor se detiene a reflexionar sobre lo sucedido en los albores del siglo XXI en el sistema financiero de Estados Unidos y llega a la conclusión de que probablemente hace falta más regulación en el sistema financiero internacional, pero en el sentido de facilitar y asegurar el flujo de información para que los agentes tomen sus decisiones. Y propone atar corto a los verdaderos responsables, los banqueros centrales, para evitar que sus desmanes vuelvan a jugar una mala pasada a las economías mundiales.